

Fernando Arrabal - www.jesusmateo.com

Fernando ARRABAL

PARA JESÚS MATEO EN SU "MURAL" DE ALARCÓN.

El destino señala con el dedo a Jesús Mateo
embriagado frente al vaivén de cuestiones sin
respuesta.

Pensativo, cubre de estupores su inocencia.
Toda su energía está pegada a la
médula de su esqueleto.

Energía que únicamente consigue escaparse bajo
la forma de
líneas,
colores,
quemaduras,
materias... inevitablemente exactas en su

prodigiosa agudeza.

Su respiración penetra en su cuerpo,
su ritmo vital y su pulso,
se adapta y ondula en sus venas,
en su corazón
hasta la punta de sus veinte dedos.

Cuando Jesús Mateo pinta
refleja el aliento del recién nacido.

Respiración embrionaria
de quien no puede elevarse,
ser dichoso,
inmortal,
si no es con la pintura.
Invierte el proceso vital
para llegar a la creación.

Y sin embargo cree que ha fracasado...

Habría querido ser conquistador, aunque
para conseguirlo hubiera tenido que vender su cuerpo
o su alma.

Es solamente un fanático de la pintura.
Cree que su cuerpo encierra escorpiones
venenosos, serpientes perversas, zánganos soplones
que denuncian a su cabeza las faltas de
su vientre.

No puede expulsarlos sino pintando.

Se imagina la inmortalidad como gota
de pintura que, al tocarla, se coagula,
dibujando en la superficie mil arrugas repugnantes.

Sólo quiere triunfar por los siglos de
los siglos, sobre los Registros de
la Inmortalidad ... Solamente quiere ser feliz.

Su cuerpo lo agobia.

Si solamente dependiera de él,
lo abandonaría, arrojado sobre un montón de estiércol.

El pórtico de su experiencia está situado
entre sus dos cejas. La aventura en patines
corre de aquí para allí, sobre sus sienes, sin rima ni

razón.

Frente al mural, su cabeza no se comunica
con la realidad. Sus pasiones están separadas
de la melancolía por una barrera
infranqueable.

Cuando coge sus pinceles, hay
centinelas esperando mensajes situados en las
articulaciones de sus manos y de sus pies, en
las puntas de sus dedos y sobre la retina de sus ojos.

Todos sus secretos,
su intimidad,
están invadidos por la pintura.

Su rostro se acerca hacia el "mural" como
si el mundo se hubiera detenido y solamente él se
moviera.

En sus instantes de creación su cuerpo está
resplandeciente de luz
y el de los otros difuso en las tinieblas.

Sentado, solitario, frente a su "mural",
se pregunta:

¿Qué necesidad tengo de vivir?
¿de permanecer en este mundo?
¿Quién me echará de menos?

Devana lo ínfimo en la penumbra...
y lo transcribe en su "mural",
¡con qué prodigio!

El admirador siente en su obra
su deseo,
su ardor,
el ritmo de su corazón,
su candor de círculo.
Su pintura eleva su deseo de la
tierra al espacio,
del camino al caos.

Jesús Mateo crea.
No se somete a la providencia de la
Naturaleza.
Mas se deja llevar
por el viento del Universo.

Sólo imagina lo incomparable.

Se pregunta:
¿qué sabe la efímera, que sólo vive una mañana,
de la tarde y de la noche?
¿Qué sabe del arte quien solamente ama
el hábito?.

En su infancia,
no podía imaginarse la paz,
la calma,
la alegría.
Hoy, en torno suyo, las estaciones se
suceden para preparar, en las profundidades
de la naturaleza, el choque de colores...de su
"mural".

Millones de formas colorean,
dibujan
y armonizan la variedad de la forma,
para su "mural".

En torno suyo la frivolidad está presente.
Lo envuelve.
Emite un sonido sordo e invariable.
Brilla como una víscera que no se
contrae nunca más.
A veces, él mismo se imagina enraizado en medio de la
desolación.
Pero incluso esta desolación le sirve de
modelo.
Este motor sin alma.
Esta desarmonía sin fin
como la disonancia.
Logra transformarla, como si el
"mural" estuviera en el centro de un imperio irradiando
pasiones, codicias e influencias.
¡Cuántas veces, en el cubo luminoso de su
espacio, transmite la catalepsia!.

Se distingue una nevada sin copos,
sin tierra,
sin cielo.
Nevada que ignora la mañana y la noche,
pero que tiene el color de la inspiración.

Su "mural" se estremece de motas
palpitantes.
Es testimonio de la gracia.
¿Espera que los bárbaros asalten
su "mural" e incendien sus pinceles?.

Algunas veces Jesús Mateo, delante del muro
blanco,
teme perder sus raíces,
y desintegrarse.

En esos instantes, lo visible nace de lo que no tiene forma,
y lo invisible del pánico.
Las amenazas parecen más horribles que
su ejecución.
Para conjurar sus terrores,
se deja conducir por su espontaneidad,
su herencia.

Emprende el viaje hacia la gloria.

Cuántas veces querría meterse en el muro para
renacer...
Percibo yo
desde París
su respiración, como
si murmurara a mi lado.

Jesús Mateo pinta
ocupando el espacio.

El espectador dialoga con él
pero no solamente con el socorro de la razón.
El pintor medita en un duermevela.
Lo percibe a distancia.
No se conforma alineando sus sentimientos.
La admiración del mirón es dinámica.
Es también
aventura
danza
ritmo particular

coreografía.

Cuando Jesús Mateo pinta, se siente
habitado por el universo.
Crea de un trazo.
Serenamente...

Talento,
pensamiento,
composición
están íntimamente ligados.

Qué compenetración entre su modelo secreto,
el corazón
y la mano.
Entre máxima y "mural".

Olvida que crea cuando pinta,
Se encierra en sí mismo.
Revela su intimidad.
Querría gritar:
¡Naturaleza ven a mí!.

Suprime la relación espacio-tiempo,
sumergido en su "mural"
para definir lo indefinible.

En su cubo, el "mural" simboliza la vida.
Los trazos de fuego representan el modelo del
pensamiento subconsciente.
La pintura riega las superficies,
haciendo crecer belleza,
apaciguando la sed de lo absoluto,
acarreado misterios.
Cada reguero de materia es teatro
de una vida microscópica.
Cada composición encierra el denso
secreto de la exacta eternidad.

Lo que se desprecia, el pintor lo honra:
su obra se interpreta como los hechos del
destino.

Si el "mural" de Jesús Mateo fuera una
epopeya,
contaría la vida de las primeras fieras
del paraíso terrenal.

Si fuera libro sagrado,
describiría el principio del hombre
que cambia su sangre por ideas.

Si fuera manual de historia,
relataría la trasmutación de la energía en
estrellas.

Si fuera tratado de filosofía,
guiaría la evolución de la inteligencia,
sus ascensos y sus caídas.

Si fuera libro de ciencia,
analizaría las zonas de luz
y los meandros de sombra
de su don.

Si fuera novela,
la heroína, por capricho,
descendería a la morada
donde se vuelve uno ciego por exceso de
luz.

Si fuera poema,
atravesaría siete puentes,
para transmitirle la gracia que lo inunda
y el poder de comunicar.

El "mural" de Jesús Mateo
emana del Universo
del cual es reflejo.
Participa directamente
y espontáneamente
de su esencia.

El infinito hace rodar sus racimos
en la admiración...

Cada vez que Jesús Mateo pinta para el
"mural",
el arte regresa a la tierra virgen.

Fuera del tiempo,
Jesús sólo aspira a la eternidad.

FERNANDO ARRABAL

6 de julio de 1998 . París.

